

LA EXHORTACIÓN

Amados míos en el Señor: si ustedes quieren participar en la Sagrada Comunión del Cuerpo y la Sangre de nuestro Salvador Jesucristo, deben considerar cómo San Pablo, en su Primera Carta a los Corintios, nos exhorta a todos a examinarnos diligentemente antes de atrevernos a comer de ese Pan y a beber de ese Cáliz. Porque como el beneficio es grande, si recibimos este Santo Sacramento con un corazón verdaderamente arrepentido y una fe viva, comiendo espiritualmente el Cuerpo de Cristo y bebiendo su Sangre, para que podamos ser hechos uno con Cristo y él con nosotros; así también es grande el peligro, si recibimos estos dones indignamente. Porque entonces nos volvemos culpables de profanar el Cuerpo y la Sangre de Cristo nuestro Salvador, y lo comemos y bebemos para nuestra propia condenación.

Por tanto, júzguense a ustedes mismos para que no sean juzgados por el Señor. Primero, examinen sus vidas según la regla de los mandamientos de Dios. Dondequiera que hayan ofendido, ya sea por pensamiento, palabra o hecho, confiesen sus pecados al Dios Todopoderoso, con la plena intención de enmendar sus vidas. Estén preparados para restituir todos los daños y perjuicios que hayan hecho a otros; y también prepárense para perdonar a los que los han ofendido: de lo contrario, si reciben la Sagrada Comunión indignamente, aumentarán su propia condenación. Por tanto, arrepíentense de sus pecados; de lo contrario, no vengan a la Santa Mesa del Señor.

Si has venido aquí hoy con la conciencia atribulada, y necesitas ayuda y consejo, ven a mí o a algún otro sacerdote y confiesa tus pecados, para que puedas recibir consejo piadoso, dirección y absolución. Hacerlo remediará tu conciencia y eliminará cualquier escrúpulo o duda.

Sobre todo, cada uno de nosotros debe dar gracias a Dios con corazón humilde y sincero por la redención del mundo por la pasión y muerte de nuestro Salvador Jesucristo. Él se humilló a sí mismo, hasta la muerte de cruz, por nosotros los pecadores que reposamos en tinieblas y en la sombra de la muerte, para hacernos hijos de Dios y exaltarnos a la vida eterna.

Debido a su gran amor por nosotros, nuestro Salvador Jesucristo ha instituido y ordenado estos santos misterios como prenda de su amor, y para un recuerdo continuo de su pasión y muerte, para nuestro gran e infinito consuelo.

A él, por tanto, con el Padre y el Espíritu Santo, demos gracias continuamente, como es nuestro deber y nuestro gozo, sometiéndonos enteramente a su santa voluntad y esforzándonos por servirle en santidad y justicia todos los días de nuestra vida. **Amén.**